

Temperamento del niño y personalidad de la madre como antecedentes de la seguridad del apego*

María Teresa Martínez -Fuentes
Alfredo G. Brito de la Nuez
Julio Pérez-López
Universidad de Murcia

El objetivo de este estudio consiste en analizar las implicaciones que tiene el temperamento del niño y la personalidad de la madre sobre la seguridad del apego en la infancia. Para ello hemos observado a 41 díadas madre-hijo. La personalidad de la madre fue evaluada durante el último trimestre de embarazo mediante el cuestionario 16PF de Cattell en su versión adaptada de Seisdados (1981), a partir del cual se extrajo información sobre los siguientes rasgos de personalidad: ansiedad, extraversión, socialización e independencia. El temperamento de los bebés se evaluó cuando éstos cumplieron su tercer mes de vida a través de las Tareas evolutivas y escalas de puntuación para la medida del temperamento infantil en el laboratorio de Matheny y Wilson (1981); las dimensiones temperamentales fueron: tono emocional, nivel de actividad, orientación social, atención y vocalizaciones. La medida de la seguridad del apego fue obtenida cuando los niños alcanzaron los 12 meses de edad, a partir de la Situación Extraña diseñada por Ainsworth y Wittig (1969). Los resultados hallados parecen indicar que el temperamento del niño es un factor que permite discriminar a los niños seguros de los inseguros. Por el contrario, no nos conducen a afirmar lo mismo cuando nos centramos en la personalidad de la madre. Ambos resultados se discuten a la luz de la bibliografía existente.

Palabras clave: temperamento infantil, personalidad de la madre, seguridad del apego e infancia.

The aim of this study is to analyse the role of infant temperament and maternal personality in attachment security in infancy. 41 mother-baby dyads were observed. Maternal personality was assessed during the last trimester of pregnancy by Cattell's 16 Personality Factor Question-

* Este estudio se ha realizado gracias al proyecto de investigación nº PB90-0309 financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia.

Correspondencia: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad de Murcia. Campus de Espinardo. 30100. Murcia. E-Mail: mtmartin@fcu.um.es; abrito@fcu.um.es; juliopl@fcu.um.es

naire (16PF, Seisdedos, 1981). From this questionnaire, we obtained the following personality traits: anxiety, extraversion, socialization and independence. Infant temperament was evaluated when babies reached 3 months old using the «Developmental Tasks and ratings scales for the laboratory assessment of infant temperament» (Matheny and Wilson, 1981); this instrument provided information about emotional tone, activity level, social orientation to staff, attentiveness and vocalizations. Attachment classification was assessed at 12 months using «Strange Situation» (Ainsworth and Wittig, 1969). The results suggest that infant temperament discriminated between secure and insecure infants. In contrast, maternal personality did not differentiate between secure and insecure infants. Both results are discussed in the light of the present literature.

Key words: Infant temperament, maternal personality, attachment security and infancy.

Entre el bebé y un número reducido de personas se establece un vínculo, denominado apego, que surge de la necesidad primaria que tiene el bebé de recibir afecto y cariño de los demás. Uno de los temas que más interés y debate ha suscitado entre los investigadores del apego desde que Ainsworth (1963) detectó la existencia de diferencias individuales en este vínculo, ha consistido en determinar los factores que favorecen el establecimiento de apegos seguros en la infancia. Una de las razones que ha movido a los psicólogos en esta dirección obedece, en la mayor parte de los casos, a las repercusiones, tanto positivas como negativas, que podía tener la seguridad del apego sobre el desarrollo posterior del niño (Bates, Maslin y Frankel, 1985; Greenberg y Speltz, 1988; Suess, Grossman y Sroufe, 1992; Meins y Russell, 1997).

Las investigaciones que pretendían determinar los factores que contribuyen al establecimiento de un vínculo afectivo seguro tuvieron su origen en el trabajo de Ainsworth y colaboradores (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978). Estos investigadores constataron que los niños que se mostraban eficaces a la hora de extraer seguridad de su figura de apego, estilo de apego seguro, exhibían niveles elevados de exploración en presencia de su figura de apego y encontraban consuelo rápidamente en ella cuando se sentían molestos o en peligro. Las madres de estos niños se ajustaban y respondían adecuadamente a las señales que emitían sus hijos, interpretaban de forma objetiva las señales de éstos, y proporcionaban al niño un entorno fácil de predecir y controlar. Asimismo, eran madres afectuosas y cuidadosas mientras mantenían en brazos a sus hijos, y respondían de forma contingente a sus conductas en las interacciones que se daban en contextos como la alimentación, el juego o el baño. En definitiva, eran madres que se podían clasificar, siguiendo la terminología de Ainsworth, como considerablemente *sensibles*.

Diversas investigaciones realizadas con posterioridad permitieron corroborar estos hallazgos iniciales (Egeland y Farber, 1984; Bates, Maslin y Frankel, 1985; Belsky, Rovine y Taylor, 1984; Grossman, Grossman, Spangler, Suess y Unzer, 1985; Barglow y Hoffman, 1985 e Isabella, 1993). Sin embargo, un estudio meta-analítico realizado en 1987 por Goldsmith y Alansky arrojó pruebas su-

ficientes para concluir que la sensibilidad de la madre no explicaba toda la variabilidad de la seguridad del apego. Más recientemente, Seifer, Schiller, Same-roff, Resnick y Riordan (1996) tampoco llegaron a encontrar relación entre la sensibilidad de la madre evaluada cuando los bebés contaban 6 y 9 meses de edad y la seguridad del apego a los 12 meses.

Belsky e Isabella (1988) plantearon que si bien la sensibilidad y la conducta de la madre desempeñaban un papel importante en el establecimiento de un apego seguro, deberían tenerse en cuenta otras variables que pudieran ejercer su influencia sobre los intercambios que tenían lugar entre la madre y el niño durante el primer año de vida, y que intervendrían también como mediadores del desarrollo de la relación. Entre estas variables podemos incluir la personalidad de la madre y el temperamento del niño.

En cuanto a las repercusiones que puede tener la personalidad de la madre sobre el estilo de apego, en la bibliografía se encuentran trabajos que lo vinculan con la seguridad del apego y con el cambio en el estilo de apego de los niños. Así, Belsky e Isabella (1988) revelaron que las madres de los niños inseguros-evitativos tendían a dar más importancia al lado negativo de ellas mismas y del mundo. Además, solían «sentirse mal» con bastante frecuencia, incluso en ausencia de estresores evidentes, y mostraban con cierta asiduidad estados emocionales de ira, desprecio, rechazo, culpa, insatisfacción y tristeza. De este modo, concluyeron que la personalidad de la madre influía de modo indirecto sobre la seguridad del apego, es decir, la personalidad de la madre modificaba su sensibilidad y ésta es la que, en última instancia, determinaba la calidad de la relación afectiva.

También Spieker y Booth (1988) encontraron que las madres de los niños inseguros se mostraban, en general, menos optimistas que las de los niños seguros. En un trabajo anterior, Egeland y Farber (1984) pusieron de manifiesto que los niños, cuyo estilo de apego cambiaba de seguro a los 12 meses a inseguro a los 18 meses de edad, tenían madres que mostraban una mayor agresividad y desconfianza en ese periodo de tiempo. Por el contrario, los resultados de Mangelsdorf, Gunnar, Kestenbaum, Lang y Andreas (1990) sugirieron que la personalidad de la madre, como tal variable, determinaba la seguridad del apego siempre y cuando entraba en conflicto con las disposiciones endógenas del niño.

El estudio de las influencias que ejerce el temperamento del niño sobre la seguridad del apego ha sido objeto de un acalorado debate entre los psicólogos evolutivos a partir de la década de los años 80. No obstante, antes de entrar a describir los términos en los que se ha producido este debate, nos gustaría aclarar el concepto de temperamento, sin olvidar que las definiciones que se han dado sobre el mismo son bastante diversas (véase Bates, 1989 para una revisión detallada). Bates (1989, p.4) recogió los aspectos comunes a todas ellas y señaló que el temperamento es aquel constructo que se refiere a «las diferencias individuales que aparecen en las tendencias de conducta, constituidas biológicamente, que se presentan de forma temprana en la vida y que son relativamente estables en las distintas situaciones y a lo largo de la vida (Bates, 1987, Goldsmith *et al.*, 1987, Kohnstamm, 1986)», señalando que los componentes que forman parte de este constructo son «...(a) las respuestas emocionales positivas versus negativas, res-

puestas emocionales a estímulos novedosos en general, las respuestas emocionales a personas familiares y desconocidas en particular, y la expresión emocional en respuesta a estados internos como el hambre y el aburrimiento, (b) los patrones de orientación de la atención, tales como la facilidad para tranquilizarse cuando se encuentra malhumorado y la distractibilidad de la atención, y (c) el vigor de la actividad motora y la frecuencia y autorregulación apropiada de la actividad». Es decir, el temperamento se concreta en las diferencias individuales de origen biológico que aparecen en las respuestas emocionales y autorregulatorias, y en el nivel de actividad (Buss y Plomin, 1984, Rothbart y Derryberry, 1981, Goldsmith y Rieser-Danner, 1986).

Centrándonos ya en la polémica que ha suscitado la relación entre el temperamento y la seguridad del apego, diversos investigadores han propugnado una visión transaccional, en tanto que las disposiciones temperamentales del bebé podían actuar como moduladoras del transcurso y desarrollo de las interacciones entre la madre y su hijo a lo largo del primer año de vida, llegando a modificar la sensibilidad de la madre (Goldsmith, Bradshaw y Rieser-Danner, 1986). De esta forma, habría disposiciones temperamentales como la irritabilidad que dificultarían los intercambios entre el niño y su madre, provocando en la madre ciertos niveles de insensibilidad e indisponibilidad, las cuales desembocarían en el establecimiento de un estilo de apego inseguro (Van den Boom, 1989). Asimismo, Rothbart y Ahadi (1994) lo plantearon indicando que el temperamento determinaría la calidad de la relación afectiva siempre y cuando constituyera un obstáculo difícil de superar por parte del cuidador; expresado en otras palabras, siempre y cuando el cuidador tuviese dificultades para adaptarse a él. Así, si el niño presentaba una clara tendencia a expresar malestar y su cuidador no se mostraba sensible a ella, el niño tendería a generar sus propios mecanismos o estrategias para regular su comportamiento al margen de su cuidador, desarrollando en ese caso un estilo de apego inseguro-avoidante.

Los datos que arroja la bibliografía existente en relación con esta hipótesis indicaban que las diferencias neonatales en irritabilidad, orientación social y física y capacidad de regulación fisiológica establecían, a su vez, diferencias en la seguridad del apego, de manera que los neonatos más irritables, pobremente orientados e irregulares en sus funciones biológicas tenían altas probabilidades de establecer apegos inseguros con sus cuidadores (véase Waters, Vaughn y Egeland, 1980; Crockenberg, 1981; Grossman, Grossman, Spangler y Unzner, 1985 y Van den Boom, 1989). Sin embargo, otros trabajos, como es el caso de Egeland y Farber (1984) y Belsky y Rovine (1987), no detectaron diferencias entre los niños con apego seguro e inseguro en cuanto a su temperamento.

Mangelsdorf *et al.* (1990) al analizar esta diversidad de planteamientos y resultados, sugirieron que se deben a problemas metodológicos relacionados con el instrumento empleado para analizar el temperamento infantil. La mayoría de trabajos lo han evaluado de modo indirecto, es decir, a través de los informes que proporcionaban los padres y/o cuidadores; Bates y Bayles (1984), Vaughn, Lefever, Trudel, Waters, Kotsaftis, Stevenson-Hinde y Belsky (1992), y Seifer, Sameroff, Barret y Krafchuk (1994) han argumentado que estos informes se encuentran sesgados, ya que los padres ofrecían una información en la

que se mezcla el comportamiento real de su hijo con otros aspectos ajenos a él como la personalidad del informante, las expectativas generadas en relación con su hijo o ciertas características de la relación. De este modo, resulta necesario planificar investigaciones en las que se utilice un procedimiento directo para analizar el temperamento como es el caso de la observación estandarizada en laboratorio.

Esta situación controvertida y polémica fue la que nos condujo a diseñar y efectuar la investigación que vamos a presentar a continuación. En ella pretendemos dar respuesta a las siguientes cuestiones: si los niños seguros se diferencian de los inseguros en sus rasgos temperamentales y si las madres de los niños seguros difieren de las madres de los inseguros en sus rasgos de personalidad. Asimismo, tratamos de analizar si los rasgos temperamentales del bebé y los rasgos de personalidad de la madre, por separado, pronostican la seguridad del apego, es decir, intentamos determinar las aportaciones que, *de modo independiente*, pueden ejercer los rasgos de personalidad de la madre y el temperamento de su bebé sobre la *seguridad del apego* del niño a los 12 meses de edad, momento en el que ya aparece configurado el estilo de apego (Ainsworth *et al.*, 1978).

Para ello evaluamos el temperamento del bebé a los 3 meses de edad a través de un instrumento observacional estandarizado, situando nuestro interés en los siguientes rasgos temperamentales: tono emocional, nivel de actividad, orientación social, atención y vocalizaciones, por ser este conjunto de variables representativas del constructo temperamento, según la mayoría de investigadores (Goldsmith, Buss, Plomin, Rothbart, Thomas, Chess, Hinde y McCall, 1987). Asimismo, valoramos la personalidad de la madre, durante el último trimestre de embarazo, a través del cuestionario de personalidad de Cattell (16PF, Seisdedos, 1981), del que extraemos los siguientes rasgos de personalidad adulta: ansiedad, extraversión, socialización e independencia.

Método

Descripción de la muestra

La muestra de esta investigación fue seleccionada de las 60 díadas madre-hijo que participaban en un estudio longitudinal sobre el desarrollo del temperamento en la infancia, realizado en el Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Murcia. Esta muestra fue seleccionada entre las futuras madres que asistían a las Aulas de preparación al parto de la Escuela Maternal de la Ciudad Sanitaria «Virgen de la Arrixaca» de Murcia que se brindaron a colaborar de forma voluntaria en la citada investigación. Todos los bebés fueron nacidos a término y no sufrieron complicaciones prenatales ni postnatales.

Específicamente, la muestra escogida para realizar este trabajo estuvo compuesta por 41 díadas. Las 19 díadas restantes tuvieron que ser eliminadas porque no se les pudo administrar la «Situación Extraña» debido al cansancio físico que presentaban los bebés (ver procedimiento). Las 41 díadas madre-hijo que, al

final, conformaron nuestra muestra fueron evaluadas cuando los bebés contaban con tres meses de edad y de nuevo cuando alcanzaron su primer año de vida.

De estos 41 niños, 19 son mujeres y 22 varones, nacidos a término (rango: 39-41 semanas de gestación, sin complicaciones pre ni postnatales y con un peso y longitud dentro del rango normal (peso: 3.100-4.150 grs.; talla: 48-53 cms.). Todos ellos pertenecían a familias intactas con un nivel socioeconómico medio. Las madres tenían una edad media de 27 años (rango: 21-42 años) y 32 eran primíparas.

Descripción de los instrumentos

Descripción de los instrumentos de medida.

a) Medidas observacionales del temperamento de los niños.

La evaluación de los rasgos de temperamento fue realizada siguiendo el procedimiento observacional diseñado por Matheny y Wilson (1981): *Tareas evolutivas y escalas de puntuación para la medida del temperamento infantil en el laboratorio*. Este instrumento está constituido por una serie de situaciones adaptadas a la edad de los niños, que intentaban provocar en ellos diferentes reacciones como alegría, enfado, juego, frustración, miedo y variaciones en el nivel de actividad. A continuación presentamos, a modo de ejemplo, dos de las trece tareas que formaban parte de este procedimiento (véase Matheny, 1991, para una descripción detallada de las 13 tareas):

- *Móvil* (6 minutos de duración): Durante esta tarea, se colocaba al niño en posición supina sobre una alfombra en el suelo. Se instaló una combinación de un juguete móvil y de caja de música, accionada por un mecanismo de viento, verticalmente y situado sobre la cabeza del niño a una distancia de 20 centímetros. La tarea estaba compuesta de tres fases: a) la parte móvil del juguete se quitaba y sólo se hacía funcionar la caja de música, b) se colocaba la parte móvil del juguete, pero en esta ocasión no se hizo funcionar la caja de música, y c) se combinó el funcionamiento de la caja de música y la parte móvil.

- *Actividad Verbal* (2 minutos de duración): Se colocaba al niño en posición supina en la cuna y la experimentadora le hablaba, sonreía, y se inclinaba hacia la cara del niño.

La información que obtuvimos a partir del comportamiento del niño en este procedimiento se refería a los siguientes rasgos temperamentales (Matheny, 1991):

- *Tono emocional*: grado de satisfacción o bienestar general que presentaba el niño y que oscilaba desde el enfado extremo hasta la euforia.

- *Nivel de actividad*: presencia o ausencia de movimientos corporales autoiniciados, con o sin locomoción, que presentaba el niño en cada una de las situaciones a las que se enfrentó.

- *Orientación social hacia la examinadora*: intensidad de las conductas de aproximación/evitación exhibidas por el niño en sus relaciones con personas ajenas a su entorno inmediato.

– *Atención*: grado en el que el niño se percataba y mantenía el interés sobre determinados objetos y acontecimientos de su entorno.

– *Vocalizaciones*: intensidad de las emisiones verbales que emitía el niño, independientemente del llanto.

Cada una de estas dimensiones se puntuó en una escala de 9 puntos de forma que las puntuaciones bajas reflejaban un pobre nivel de ejecución en el rasgo evaluado (véase Anexo I). La puntuación de cada una de las dimensiones temperamentales estuvo representada por la puntuación media obtenida por el sujeto en las tareas de la batería empleada.

b) Medidas de la seguridad del apego.

La seguridad del apego fue evaluada cuando los niños cumplieron su primer año de vida mediante la «Situación extraña» (Ainsworth y Wittig, 1969). Este procedimiento está formado por 8 episodios en los que se expuso al niño a una serie de situaciones que eran cada vez más estresantes (separaciones breves de la figura de apego y presencia de una persona desconocida de sexo femenino), con el objetivo de activar el sistema conductual de apego. De estos ocho episodios, dos son de separación (en la primera separación el niño se quedaba solo con la extraña en la sala, y en la segunda permanecía completamente solo), y dos de reunión (en los que la figura de apego regresaba junto al niño). El estilo de apego se evalúa a partir de las conductas que el niño dirige hacia su figura de apego en los dos episodios de reunión (Ainsworth *et al.*, 1978). Cada uno de los episodios tiene una duración de 3 minutos.

En nuestra investigación fue necesario reducir la duración de los episodios de la «Situación extraña» con el fin de reducir el agotamiento físico de los niños ya que su administración se efectuó después de someter al niño a otras pruebas correspondientes al proyecto de investigación a partir del cual seleccionamos la muestra. De esta forma, la duración de cada episodio quedó del siguiente modo:

TABLA I. EPISODIOS, PARTICIPANTES Y DURACIÓN DE LA SITUACIÓN EXTRAÑA

<i>Episodio</i>	<i>Participantes</i>	<i>Duración</i>
1	Experimentadora, madre y bebé	1 minuto
2	Madre y bebé	1 minuto
3	Madre, bebé y extraña	1 minuto, 30 segundos
4	Extraña y bebé	1 minuto
5	Madre y bebé	1 minuto
6	Bebé solo	30 segundos
7	Extraña y bebé	1 minuto
8	Madre y bebé	1 minuto

c) Medidas de personalidad de la madre.

La evaluación de los rasgos de personalidad de la madre tuvo lugar cuando éstas se encontraban en el último trimestre de embarazo. Para ello administramos el Cuestionario de Personalidad 16PF (forma A) de Cattell, en su

versión adaptada por Seisdedos (1981). A partir de las respuestas dadas por cada una de las madres al cuestionario se obtuvo un perfil de personalidad, que consta de 16 rasgos primarios, agrupados en 4 factores secundarios: *ansiedad, extraversión, socialización controlada e independencia*. Así, las madres que obtenían puntuaciones elevadas en ansiedad presentaban una tendencia mayor a la culpabilidad y a la frustración, eran inestables a nivel emocional, tímidas y suspicaces; las que presentaban puntuaciones altas en extraversión se mostraban afectuosas, serenas, abiertas, entusiastas y atrevidas; las que puntuaban alto en socialización se describían como socialmente escrupulosas, persistentes, conscientes, moralistas y calculadoras; y por último, aquellas que obtenían puntuaciones elevadas en independencia actuaban en función de las reglas que ellas mismas se dictaminaban, eran autosuficientes y preferían sus propias decisiones a las de los demás.

Procedimiento

Los datos sobre la personalidad de la madre se obtuvieron en una de las sesiones de preparación al parto a las que asistían las futuras madres (cuando se encontraban en el último trimestre de embarazo). En ese momento se les entregó el cuestionario de personalidad 16 PF de Cattell y se les pidió que respondieran a todas y cada una de las preguntas que aparecían reflejadas en el cuestionario. Una vez cumplimentados se extrajeron los respectivos perfiles de personalidad en los rasgos: ansiedad, extraversión, socialización e independencia.

Las diferencias individuales en temperamento fueron evaluadas cuando los bebés contaban con tres meses de edad. A tal fin, los bebés y sus madres fueron trasladados desde sus hogares hasta una sala de observación y registro que se encuentra ubicada en la Escuela Infantil de Guadalupe perteneciente a la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Una vez que la madre y el bebé entraban en la Sala de observación, se les dejaba durante diez minutos en ella para que se adaptaran a las características de la sala. Transcurrido este tiempo, se iniciaba la administración de las tareas diseñadas por Matheny y Wilson (1981). Las tareas fueron administradas en todas las ocasiones por un experimentador de sexo femenino, y todas ellas se presentaban a los bebés en un orden invariante y con los tiempos de descanso y grabación preestablecidos. El tiempo empleado fue de 60 minutos aproximadamente.

Cuando los bebés cumplieron 12 meses de edad fueron, de nuevo, trasladados a la Sala de observación mencionada anteriormente y se evaluó la seguridad del apego a través de la «Situación extraña».

Cada una de estas sesiones fue grabada en vídeo y posteriormente codificada por observadores entrenados en las escalas de puntuación de cada uno de los instrumentos. Así, la codificación de las tareas evolutivas de Matheny y Wilson fue efectuada por 5 parejas de observadores que desconocían el objetivo de la investigación, obteniéndose un coeficiente de fiabilidad interobservadores de $r_{xy} = 0.90$. La Situación extraña fue codificada, según las escalas descritas por

Ainsworth *et al.* (1978), por dos parejas de observadores, quienes obtuvieron un grado de acuerdo del 91.5%.

Una vez realizado el registro y codificación del comportamiento del niño en la Situación extraña, asignamos a los sujetos a cada una de las tres categorías de apego (seguro, inseguro-ambivalente, inseguro-evitativo), en función de las siguientes conductas presentadas en los dos episodios de reunión (véase Sroufe y Waters, 1977, Ainsworth *et al.*, 1978): conductas procuradoras de proximidad y contacto, mantenedoras de contacto, evitación de la proximidad, resistencia al contacto e interacción a distancia. Todas ellas se evaluaron en una escala de 7 puntos, de forma que la puntuación 1 reflejaba la ausencia de la conducta evaluada y la puntuación 7 la máxima intensidad en la misma. Además, se tuvo en cuenta en los episodios 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8 la intensidad del llanto, codificada en una escala de 6 puntos, reflejando la puntuación 1 el llanto fuerte e intenso y la de 6 la presencia de sonidos molestos esporádicos.

De los 41 sujetos evaluados, 8 reunían las características de la categoría de apego inseguro-evitativo (19.51% de la muestra), 3 se asignaron a la categoría de apego inseguro-ambivalente (6.98% de la muestra) y los 30 restantes se asignaron a la categoría de apego seguro (73.17% de la muestra). Dado que el objetivo de nuestro trabajo consistía en analizar si el temperamento del niño y la personalidad de la madre influyen en la *seguridad del apego*, y del reducido tamaño del grupo de apego inseguro-ambivalente, agrupamos a los niños en dos categorías de apego: *seguro vs. inseguro*. De esta forma, el grupo seguro estaba formado por 30 sujetos y el inseguro por 11 (3 ambivalentes y 8 evitativos).

Resultados

Para comprobar si la seguridad del apego se encontraba determinada por las diferencias en temperamento, efectuamos, en primer lugar, pruebas *t* de «Student» con cada uno de los rasgos temperamentales del bebé (tono emocional, nivel de actividad, atención, orientación social a la examinadora y vocalizaciones). Los resultados obtenidos con esta prueba indicaron que los niños seguros se diferenciaban significativamente de los inseguros en *nivel de actividad, atención y orientación social*. En la Tabla 2 podemos apreciar que el grupo de bebés seguros presentaba niveles de actividad más altos que sus compañeros inseguros; además exhibían mayor interés hacia los objetos y acontecimientos de su entorno y eran bastante más desinhibidos en sus interacciones sociales.

Siguiendo con esta primera cuestión y dado que aparecían diferencias significativas entre los dos grupos de apego en los rasgos de temperamento anteriormente señalados, nos planteamos la posibilidad de que el conjunto de rasgos temperamentales pudiera discriminar a los bebés seguros de los inseguros. Para ello realizamos un *análisis discriminante* (véase Tabla 3). Los resultados del mismo indicaron que el temperamento del bebé permitía asignar a los bebés a las dos categorías de apego, siendo los rasgos nivel de actividad, orientación social y atención los que alcanzaron los mayores valores de significación estadística.

Estos resultados indicaron que aquellos bebés que tenían grados más elevados en estos tres rasgos eran los que con mayor probabilidad iban a desarrollar un apego seguro. La función discriminante que posibilita este pronóstico se encuentra especificada en la Tabla 3.

TABLA 2. PRUEBAS T DE «STUDENT» DE LAS DIMENSIONES DE TEMPERAMENTO EVALUADAS A LOS 3 MESES DE EDAD EN RELACIÓN CON LA SEGURIDAD DEL APEGO A LOS 12 MESES DE EDAD

	<i>Seguros</i>			<i>Inseguros</i>			<i>G.L.</i>	<i>T</i>	<i>Prob.</i>
	<i>N</i>	<i>Media</i>	<i>D.T.</i>	<i>N</i>	<i>Media</i>	<i>D.T.</i>			
Tono emocional	30	5.244	0.605	11	4.894	0.596	39	-1.647	0.108
Nivel de actividad	30	4.061	0.709	11	3.496	0.945	39	-2.065	0.046
Orientación social	30	5.598	0.477	11	5.088	0.608	39	-2.814	0.008
Atención	30	5.431	0.887	11	4.469	1.158	39	-2.833	0.007
Vocalizaciones	30	2.103	0.878	11	1.795	0.551	39	-1.083	0.285

TABLA 3. ANÁLISIS DISCRIMINANTE DE LOS RASGOS TEMPERAMENTALES EVALUADOS A LOS 3 MESES Y LOS GRUPOS DE APEGO SEGURO E INSEGURO

<i>Variables dependientes</i>	<i>F (G.L. GL2)</i>	<i>Prob.</i>
Tono emocional	2.711 _(1,39)	0.108
Nivel de actividad	4.263 _(1,39)	0.046
Atención	8.028 _(1,39)	0.007
Orientación social	7.919 _(1,39)	0.008
Vocalizaciones	1.173 _(1,39)	0.285
Función discriminante: Apego = -0.195 (T.E.) + 0.380 (N.A.) + 0.458 (Aten.) + 0.654 (Or. So.) + (-0.046) (Voc.)		
X ² ₍₅₎ = 11.946, prob. = 0.04, Correlación canónica = 0.520		

T.E. = Tono emocional, N.A. = Nivel actividad, Aten. = Atención, Or. So. = Orientación social, Voc. = Vocalizaciones

Los porcentajes de sujetos asignados a cada uno de los grupos de apego en función de sus rasgos temperamentales aparecen en la Tabla 4. En ella se puede comprobar que el 73.3% de los sujetos que fueron clasificados con apego inseguro a los 12 meses de edad mantenían la misma clasificación en función de los rasgos temperamentales que presentaron a los 3 meses de edad. Por otra parte, el 72.7% de los sujetos asignados al grupo seguro mantenían esa misma categoría de apego en relación con las dimensiones temperamentales.

A la vista de los resultados se confirmó que el temperamento del bebé evaluado a los 3 meses de edad discriminaba a los sujetos que establecían un vínculo seguro con sus cuidadores de los que lo establecían de forma insegura.

Por lo que se refiere a la posibilidad de que la seguridad del apego pudiera estar determinada por los rasgos de personalidad de la madre, tras efectuar la prueba univariada *t* de «Student» con cada uno de los rasgos de personalidad maternos, ningún resultado llegó a ser estadísticamente significativo (véase Tabla 5).

En cuanto a si los rasgos de personalidad de la madre, en su conjunto, eran capaces de discriminar a los niños en función de la seguridad del apego, el análisis discriminante realizado tampoco mostró (véase Tabla 6) la significación estadística necesaria para afirmar que los rasgos de personalidad de la madre fueran variables discriminativas de la seguridad del apego del bebé.

TABLA 4. TABLA RESUMEN DE DISCRIMINACIÓN DE CADA GRUPO DE APEGO EN FUNCIÓN DE LOS RASGOS DE TEMPERAMENTO EVALUADOS A LOS 3 MESES DE EDAD

		Predicción		Total	% aciertos
		Inseguro	Seguro		
Grupo	Inseguro	8	3	11	72.7
	Seguro	8	22	30	73.3
Total		16	25	41	73.2

TABLA 5. PRUEBAS *T* DE «STUDENT» DE LOS RASGOS DE PERSONALIDAD DE LA MADRE EN RELACIÓN CON LA SEGURIDAD DEL APEGO A LOS 12 MESES DE EDAD

	Seguros			Inseguros			G.L.	T	Prob.
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.			
Ansiedad	30	6.437	1.592	11	6.245	1.056	39	-0.368	0.751
Extraversión	30	6.943	2.065	11	6.264	2.209	39	-0.917	0.365
Socialización	30	5.557	1.202	11	6.209	1.253	39	1.523	0.136
Independencia	30	6.437	1.592	11	6.245	1.056	39	-0.368	0.715

TABLA 6. ANÁLISIS DISCRIMINANTE DE LOS RASGOS DE PERSONALIDAD DE LA MADRE Y LOS GRUPOS DE APEGO SEGURO E INSEGURO

Variables dependientes	$F_{(GL1, GL2)}$	Prob.
Ansiedad	0.136 _(1.39)	0.715
Extraversión	0.841 _(1.39)	0.365
Socialización	2.319 _(1.39)	0.136
Independencia	0.190 _(1.39)	0.665
Función discriminante: Apego = 0.004 (Ans.) + 0.414 (Extr.) + (-0.885) (Soc.) + (-0.293) (Ind.) $\chi^2_{(4)} = 3.263$, prob. = 0.51, Correlación canónica = 0.291		

Ans. = Ansiedad, Extr. = Extraversión, Soc. = Socialización, Ind. = Independencia

En resumen, podemos afirmar las siguientes cuestiones:

- Las diferencias individuales en temperamento, operativizadas a través de las dimensiones nivel de actividad, tono emocional, orientación social, atención y vocalizaciones, evaluadas en el bebé a los 3 meses de edad permitían pronosticar la seguridad del apego del niño a los 12 meses de edad.

- Las diferencias en personalidad de la madre, operativizadas a través de los rasgos ansiedad, extraversión, socialización e independencia, evaluadas durante el último trimestre de embarazo no eran predictoras fiables de la seguridad del apego del niño a la edad de 12 meses.

Discusión

Hemos comprobado en el apartado precedente que sólo una de las cuestiones que eran objeto de este trabajo se ha visto confirmada por los resultados hallados en nuestra muestra. En concreto, nos estamos refiriendo al papel que ejerce el temperamento del bebé a la hora de diferenciar a los niños seguros de los inseguros. Sin embargo, parece que los rasgos de ansiedad, extraversión, socialización e independencia, ya sean analizados en conjunto o por separado, no han permitido discriminar a los niños en cuanto a la seguridad del apego.

Abundando en las relaciones temperamento-seguridad del apego, lo que nuestros resultados parecen resaltar es que aquellos bebés que, a los tres meses de edad, mostraban una mayor disposición a prestar y mantener la atención sobre los objetos y personas de su entorno, tenían un nivel de actividad moderado, se mostraban espectadores y aceptantes en sus primeras interacciones sociales y tendían a presentar un tono emocional positivo y un mayor número de vocalizaciones, eran los que mayores probabilidades presentaban de exhibir un estilo de apego seguro en torno a los 12 meses de edad, como sucedió en los trabajos de Waters, Vaughn y Egeland (1980), Bates, Maslin y Frankel (1985), Grossman, Grossman, Spangler y Unzner (1985), Frodi, Bridges y Shonk (1989), Van den Boom (1989) y Calkins y Fox (1992).

Nuestros resultados han sido congruentes con la línea propuesta por Goldsmith *et al.* (1986) y Van den Boom (1989), según la cual las disposiciones temperamentales del niño constituirían uno de los elementos esenciales con los que cuenta el recién nacido para establecer las primeras interacciones con su cuidador. Pero para interpretarlos, en nuestra opinión, debemos partir de la consideración del establecimiento del apego como un proceso transaccional en los términos propuestos por Sameroff y Chandler (1975).

Diferentes investigadores (Bowlby, 1969, Ainsworth *et al.*, 1978 y Schaffer, 1984) han resaltado que el ser humano se encuentra preprogramado para interactuar con miembros de su misma especie, como lo muestra la preferencia que tiene el niño por la configuración estimular del rostro humano desde las primeras semanas de vida (Fantz, 1963, Maurer y Salapatek, 1976), y la especial sensibilidad que presenta ante la voz humana (Hutt, Hutt, Lenard, Bernuth y Muntjwerff, 1968). Lo que también se ha puesto de manifiesto es que existen

diferencias entre los niños a la hora de poner en práctica los recursos con los que lleva a cabo la interacción. Sin embargo, el bebé no sólo viene al mundo con esa predisposición; asimismo, se observa durante los primeros meses en la mayoría de bebés una mejora en las capacidades visuales, una mayor atención al mundo externo, una sensibilidad especial hacia las personas familiares, la aparición de la sonrisa social en torno a los 3 meses de edad, (Schaffer, 1984), ofreciendo las situaciones cara-a-cara las oportunidades para que se produzca la interacción. A pesar de que éstos son logros que se alcanzan en este momento evolutivo, también se detectan claras diferencias individuales en estas capacidades. Es decir, nos encontramos con unos bebés que se muestran más atentos que otros, más sociables, más irritables, etc. La presencia de estas diferencias ha podido ser constatada a partir de la observación del comportamiento que presentaban los bebés de nuestra muestra.

De acuerdo con el modelo transaccional del desarrollo, cuando el bebé presenta tendencias temperamentales positivas, es decir se muestra atento, sociable, moderadamente activo y con un tono emocional positivo, las primeras interacciones pueden verse facilitadas, puesto que promueven el inicio y mantenimiento de las mismas. Estas características temperamentales no sólo afectan al transcurso de la interacción, haciéndola más fluida y relajada, sino también a la actitud que adoptará la madre ante la misma. Expresado en otros términos, estas cualidades temperamentales «actuarían como promotoras» de la conducta materna, es decir «predispondrían» a la madre a iniciar mayor número de interacciones y a mantenerlas durante periodos de tiempo más duraderos, ya que la respuesta que ella obtiene de su hijo resulta altamente recompensante. Al mismo tiempo, le resultaría más fácil interpretar el comportamiento de su hijo, por lo que podría, con más facilidad, sincronizar y ajustar su comportamiento al de aquél. De este modo, aumentarían las posibilidades de que la madre emitiera respuestas contingentes a su hijo. Estas características de las respuestas maternas se encuentran en estrecha conexión con la descripción que hacen Ainsworth, Bell y Stayton (1974) de la sensibilidad materna. De este modo, las disposiciones endógenas que hemos indicado en las líneas anteriores, favorecerían la sensibilidad de la madre, lo que, en último término, llevaría a establecer un apego seguro. El caso contrario, es decir, el del bebé con un temperamento difícil, irritable, evitativo, no tendría consecuencias tan positivas sobre la seguridad del apego. Este tipo de bebés provocaría un mayor desconcierto en sus cuidadores, de manera que éstos tendrían dificultades para interpretar objetivamente el comportamiento del niño y dar una respuesta contingente al mismo, favoreciendo bien la evitación de interacciones o la reacción de forma poco contingente al mismo. Si éste es el caso, las probabilidades de establecer un apego seguro disminuyen drásticamente.

Aunque no podamos concluir definitivamente que las tendencias temperamentales ejercen un papel indirecto en la seguridad del apego, en la medida en que modifican la sensibilidad de la madre puesto que en nuestro trabajo no hemos evaluado dicha variable, sí que existen pruebas en la bibliografía (Van den Boom, 1989) que nos permiten plantear esta argumentación.

A la vista de lo expuesto, nos alejamos de una «perspectiva determinista», en el sentido de que la seguridad de la relación afectiva depende única y exclusi-

vamente de las tendencias temperamentales de origen biológico que muestra el bebé en sus primeros meses de vida por dos razones. En primer lugar, el temperamento infantil no es inmodificable a lo largo del desarrollo, sino que se encuentra expuesto a variaciones en función de las influencias que ejerce el ambiente sobre él (Goldsmith *et al.*, 1987). En segundo lugar, la seguridad del apego se deriva de las condiciones en las que se producen las interacciones durante el primer año de vida entre el bebé y el cuidador, de modo que tanto uno como otro pueden estar contribuyendo a ellas. En este sentido es en el que creemos que deben ser interpretados nuestros datos, es decir, el temperamento del bebé sería una variable de importancia a tener en cuenta cuando pretendamos explicar la calidad de las primeras relaciones afectivas, en la medida en que pueden facilitar o entorpecer las interacciones que se establecen entre el bebé y su madre, y de ahí que la interacción pueda desembocar en una relación segura o insegura.

Las diferencias que mostraban las madres en los rasgos de ansiedad, extroversión, socialización e independencia no guardaban relación con la seguridad del apego de sus bebés. Este resultado se encuentra en consonancia con el hallado por Mangelsdorf y colaboradores (1991). Al igual que ellos, creemos que la personalidad de la madre, tomada de forma aislada, no es lo suficientemente potente como para provocar diferencias individuales en la seguridad del apego, y que probablemente deban añadirse otras condiciones, como pudiera ser el caso de la presencia de incompatibilidades o desajustes entre el temperamento del niño y la personalidad de la madre para que esta última variable tenga alguna influencia sobre la seguridad del apego. De esta forma, podríamos esperar que una madre ansiosa aumente las probabilidades de que su hijo establezca con ella un apego inseguro siempre y cuando su bebé presente un temperamento difícil y no en otras circunstancias.

Las conclusiones que se han derivado de este trabajo nos han permitido afirmar que los niños seguros se diferencian de los inseguros en su temperamento. Sin embargo, y considerando el tamaño muestral empleado en el estudio, estos resultados deberían ser tomados con ciertas reservas a la hora de su posible generalización.

Asimismo, estos hallagos nos plantean dos cuestiones que deberían ser tenidas en cuenta en investigaciones futuras. Por un lado, la necesidad de contemplar la personalidad de la madre y el temperamento del niño, en un modelo integrador, para explicar la seguridad del apego en la infancia. Y por otro, analizar si el temperamento del niño es capaz de modificar algunos aspectos del comportamiento que la madre dirige a su hijo durante su primer año de vida, a saber, la sensibilidad materna.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M.S. (1963). The development of infant-mother interaction among Ganda. En B.M. Foss (Ed.), *Determinants of infant behavior*, 2 (pp. 67-112). London: Methuen.
- Ainsworth, M.S. & Wittig, B.A. (1969). Attachment and exploratory behavior of one-years olds in a strange situation. En B.M. Foss (Ed.), *Determinants of infant behavior*, 4 (pp. 111-136). London: Methuen.

- Ainsworth, M.S., Bell, S.M. y Stayton, D.J. (1984). El vínculo entre la madre y el bebé: la «socialización» como producto de la responsividad recíproca a las señales. En M.P. Richards (Ed.), *La integración del niño en el mundo social* (pp.61-102). (J. Converso y L. Espinosa, trds.). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1974).
- Ainsworth, M.S., Blehar, M.C. Waters, E. & Walls, S. (1978). *Patterns of attachment. A Psychological Study of the Strange Situation*. Hillsdale, New York: Lawrence Erlbaum.
- Barglow, P. & Hoffman, M. (1985, Mayo). Mother's effect upon oral phase ego development and attachment. Comunicación presentada en *The Meeting of the American Psychoanalytic Society*. Denver.
- Bates, J. (1987). Temperament in infancy. En J. D. Osofsky (Ed.), *Handbook of Infant Development*, 2nd ed., (pp. 1101- 1149). New York: Wiley.
- Bates, J. (1989). Concepts and measures of temperament. En G.A. Kohnstamm, J. Bates, & M. Rothbart (Eds.), *Temperament in Childhood* (pp.3-26). New York: Wiley.
- Bates, J. & Bayles, K. (1984). Objective and subjective components in mothers' perceptions of their children from age 6 to 3 years. *Merrill-Palmer Quarterly*, 30, 111-130.
- Bates, J.E., Maslin, C.A. & Frankel, K.A. (1985). Attachment security, mother-child interaction, and temperament as predictors of behavior-problems ratings at age three years. En I. Bretherton & E. Waters (Eds.), *Growing points of attachment theory and research. Monographs of Society for Research in Child Development*, 50 (1-2, Serial N° 209).
- Belsky, J. & Isabella, R. (1988). Maternal, infant and social-contextual determinants of attachment security. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp. 41-94). Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Belsky, J. & Rovine, M. (1987). Temperament and attachment security in the strange situation: an empirical re-approachment. *Child Development*, 58, 787-795.
- Belsky, J., Rovine, M. & Taylor, D.G. (1984). The pennsylvania infant and family development project, III: the origins of individual differences in infant-mother attachment: maternal and infant contributions. *Child Development*, 55, 718-728.
- Bowlby, J. (1993). *El vínculo afectivo*. (I. Pardo, trad.). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969.)
- Buss, A. & Plomin, R. (1984). *Temperament: Early Developing Personality Traits*. Hillsdale, New York: Erlbaum.
- Calkins, S.D. & Fox, N.A. (1992). The relations among infant temperament, security of attachment, and behavioral inhibition at twenty-four months. *Child Development*, 63, 1456-1472.
- Crockenberg, S.B. (1981). Infant irritability, mother responsiveness, and social support influences on the security of infant-mother attachment. *Child Development*, 52, 857-865.
- Egeland, B. & Farber, E.A. (1984). Infant-mother attachment: factors related to its development. *Child Development*, 55, 753-771.
- Fantz, R.L. (1963). Pattern vision in newborn infants. *Science*, 140, 296-297.
- Frodi, A., Bridges, L. & Shonk, S. (1989). Maternal correlates of infant temperament ratings and of infant-mother attachment: a longitudinal study. *Infant Mental Health Journal*, 10, 273-289.
- Goldsmith, H.H. & Alansky, J.A. (1987). Maternal and infant temperamental predictors of attachment: A meta-analytic review. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 55 (6), 805-816.
- Goldsmith, H. H. & Rieser-Danner, L. A. (1986). Variation among temperament theories and validation studies of temperament assessment. En G. A. Kohnstamm (Ed.), *Temperament Discussed* (pp. 1-10). Lisse: Swets & Zeitlinger.
- Goldsmith, H.H., Bradshaw, D.L. & Rieser-Danner, L.A. (1986). Temperament as a potential developmental influence on attachment. En J.V. Lerner & R.M. Lerner (Eds.), *Temperament and social interaction during infancy and childhood* (pp.5-34). New directions for child development, 31. San Francisco: Jossey-Bass.
- Goldsmith, H.H., Buss, A., Plomin, R., Rothbart, M., Thomas, A., Chess, S., Hinde, R., & McCall (1987). Roundtable: What is temperament? Four approaches. *Child Development*, 58, 505-529.
- Greenberg, M.T. & Speltz, M.L. (1988). Attachment and the ontogeny of conduct problems. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp.177-218). Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Grossman, K., Grossman, K.E., Spangler, G., Suess, G. & Unzner, L. (1985). Maternal sensitivity and newborns' orientation responses as related to quality of attachment in northern Germany. En I. Bretherton & E. Waters (Eds.), *Growing points of attachment theory and research. Monographs of Society for Research in Child Development*, 50 (1-2, Serial N° 209).
- Hutt, S.J., Hutt, C., Lerner, H.G., Bernuth, H. & Muntjewerff, W.J. (1968). Auditory responsivity in the human neonate. *Nature*, 218, 888-890.
- Isabella, R.A. (1993). Origins of attachment: maternal interactive behavior across the first year. *Child Development*, 64, 605-621.

- Kohnstamm, G. A. (1986). *Temperament Discussed*. Lisse: Swets & Zeitlinger.
- Mains, E. y Russell, J. (1997). Security and symbolic play: the relation between security of attachment and executive capacity. *British Journal of Developmental Psychology*, 15, 63-76.
- Mangelsdorf, S., Gunnar, M., Kestenbaum, R., Lang, S. & Andreas, D. (1990). Infant propeness-to-distress temperament, maternal personality and mother-infant attachment: Associations and goodness of fit. *Child Development*, 61, 820-831.
- Matheny, A.P. Jr. (1991). Play assessment of infant temperament. En Ch. E. Schaefer, K. Gitlin & A. Sangrund, *Play Diagnosis and Assessment* (pp. 39-64). New York: Wiley.
- Matheny, A.P. & Wilson, R.S. (1981). Developmental task and ratings scales for the laboratory assessment of infant temperament *ISAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, 11, 81 (manuscript N° 2367).
- Maurer, D. & Salapatek, P. (1976). Developmental changes in the scanning of faces by young infants. *Child development*, 47, 523-527.
- Rothbart, M. K. & Ahadi, S.A. (1994). Temperament and the development of personality. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 1, 55-66.
- Rothbart, M.K. & Derryberry, D. (1981). Development of individual differences in temperament. En M. E. Lamb & A. L. Brown (Eds.), *Advances in Developmental Psychology*, vol. 1 (pp. 37-79). Hillsdale, New York: Erlbaum
- Rubin, K.H. & Lollis, S.P. (1988). Origins and consequences of social withdrawal. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp.219-252). Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Sameroff, A.J. & Chandler, M. (1975). Reproductive risk and the continuum of caretaking casualty. En F.D. Horowitz, M. Hetherington, S. Salapatek & G. Siegel (Eds.), *Review of Child Development Research* (vol. 4, pp.187-244). Chicago: University of Chicago Press
- Schaffer, R. (1989). *Interacción y socialización*. (E. Lafuente, trad.). Madrid: Visor. (Trabajo original publicado en 1984).
- Seifer, R., Sameroff, A., Barrett, L. & Krafcchuck, E. (1994). Infant temperament measured by multiple observations and mother report. *Child Development*, 65, 1478-1490.
- Seifer, R., Schiller, M., Sameroff, A.J. Resnick, S. & Riordan, K. (1996). Attachment, maternal sensitivity and infant temperament during the first year of life. *Developmental Psychology*, 32 (1) 12-25.
- Seisdedos, N. (1981). *16PF. Monografía Técnica*. Madrid: TEA
- Spieker, S.J. & Booth, C.L. (1988). Maternal antecedents of attachment quality. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp.95-135). Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- Sroufe, L.A. (1985). Attachment classification from the perspective of infant-caregiver relationships and infant temperament. *Child Development*, 56, 1-14.
- Sroufe, L.A. & Waters, E. (1977). Attachment as an organizational construct. *Child Development*, 48, 1184-1199.
- Suess, G., Grossman, K.E. & Sroufe, A. (1992). Effects of infant attachment to mother and father on quality of adaptation in preschool: from dyadic to individual organization of self. *International Journal of behavioral Development*, 15, 43-65.
- Susman-Stillman, A., Kalskoske, M., Egeland, B. & Waldman, I. (1996). Infant temperament and maternal sensitivity as predictors of attachment security. *Infant Behavior and Development*, 19, 33-47.
- Thompson, R.A. & Lamb, M. (1984). Assessing qualitative dimensions of emotional responsiveness in infants: separations reactions in the strange situation. *Infant behavior and Development*, 7, 423-445.
- Thompson, R.A., Connell, J.P. & Bridges, L.J. (1988). Temperament, emotion and social interactive behavior in the strange situation: a component process analysis of attachment system functioning. *Child Development*, 59, 1102-1110.
- Van den Boom, D.C. (1989). Neonatal irritability and the development of attachment. En G.A. Kohnstamm, J. Bates & M. Rothbart (Eds.), *Temperament in Childhood* (pp.299-319). New York: Wiley.
- Vaughn, B.E., Lefever, G.B., Seifer, R. & Barglow, P. (1989) Attachment behavior, attachment security and temperament during infancy. *Child Development*, 60, 728-737.
- Vaughn, B.E., Lefever, G.B., Trudell, M., Waters, E., Kotsaftis, A., Stevenson-Hinde, J. & Belsky, J. (1992). Attachment security and temperament in infancy and early childhood: some conceptual clarifications. *Developmental Psychology*, 28, 3, 463-473.
- Waters, E., Vaughn, B.E. & Egeland, B.R. (1980). Individual differences in infant-mother attachment relationships at one: Antecedents in neonatal behavior in an urban, economically disadvantaged sample. *Child Development*, 51, 208-216.
- Weber, R.A., Levitt, M.J., & Clark, M. (1986). Individual variation in attachment security and strange situation behavior: the role of maternal and infant temperament. *Child Development*, 57, 56-65.

ANEXO I

ESCALAS DE PUNTUACIÓN DE LA BATERÍA DE EVALUACIÓN DEL TEMPERAMENTO INFANTIL DE MATHENY Y WILSON (1981)

TONO EMOCIONAL

1. Enfado extremo; gemidos y protestas.
2. Molesto pero no sobrecitado.
3. Malestar momentáneo: pucheros, breve protesta verbal, iniciación del movimiento de huida.
4. Breve indicación de malestar: desasosiego, cautela, postura de defensa o evitación.
5. Indiferencia; afable; emocionalidad indiferenciada.
6. Leve reconocimiento de cambio, ligera sonrisa, agitación, saludo (aunque pueda considerarse como un vago conocimiento).
7. Momentáneo: sonrisa sostenida-aproximativo, reactivo.
8. Excitado.
9. Altamente excitado: alegre, expresivo, animado.

NIVEL DE ACTIVIDAD

1. Permanece quieto en un sitio, pero prácticamente no inicia ningún movimiento autoiniciado.
2. Entre 1 y 3.
3. Generalmente quieto e inactivo, pero responde apropiadamente a las situaciones que requieren alguna actividad.
4. Entre 3 y 5.
5. Moderada actividad.
6. Entre 5 y 7.
7. En actividad durante gran parte del periodo de observación.
8. Entre 7 y 9.
9. Hiperactivo; no puede estarse quieto durante las pruebas sedentarias.

ATENCIÓN

1. Desocupado, no-focalizado (p. ej. mirada vacía).
2. Entre 1 y 3.
3. Atención mínima o fugaz (facilidad para distraerse).
4. Entre 3 y 5.
5. Atención moderada- generalmente atento pero puede cambiar a veces debido a las instrucciones por parte de otro, a una demostración o una orden.
6. Entre 5 y 7.
7. Atención focalizada y sostenida.
8. Entre 7 y 9.
9. Atención continuada y persistente hasta el punto de «estar pegado» o «fijo» a lo que sucede.

VOCALIZACIONES

1. Definitivamente callado, sin vocalizaciones.
2. Entre 1 y 3.
3. Pocas vocalizaciones y de breve duración.
4. Entre 3 y 5.
5. Las vocalizaciones ocurren como parte de las actividades, pero son demasiado intermitentes como para constituir excitación vocal, parloteo o algo semejante.
6. Entre 5 y 7.
7. Las vocalizaciones constituyen una parte obvia de la actividad del niño: el niño vocaliza por el propósito de vocalizar.
8. Entre 7 y 9.
9. Vocalizaciones excesivas; alta excitación vocal.

ORIENTACIÓN SOCIAL

1. Activamente negativo, combativo, agresivo, fuertemente huidizo, evitante o apartándose.
2. Agitado, amenazante, haciendo muecas, dando quejidos.
3. Precavido, dubitativo, pasivamente resistente, huidizo.
4. Serio, girándose, tranquilo, actos ligeramente negativos.
5. Indiferente o ignorante.
6. Asiente en sentido pasivo, puede tener una expresión facial agradable y ser dócil en la interacción, espectador.
7. Participación positiva (amigable, deseoso, sonriente), de aproximación, reactiva.
8. Participación excitada, deseosa, responsiva.
9. Muy fuertemente orientado, demandante; posesivo de la interacción (puede tener un tono emocional negativo).